

Descuido en el que tú, lector amigo, incurrirías si aposentado a diario tras el mostrador, hubieras de alternar con esas alegres y decidoras muchachas que acuden a los colmados con el propósito de cautivar con sus hechizos a la inexperta juventud ultramarina.

Basta una mirada o una sonrisa de la casta doncella, para que prenda en el pecho del mancebo la llama del amor y pierda *ipso facto* la noción de los pesos y medidas.

Es por esto, por la fuerza del hábito, que un ultramarino, cuando se enamora de veras, es temible.

De alguno sé, y me consta por escrito, que para embelesar más y más a la dama esquiva de sus altivos pensamientos, ha dado a la publicidad una poética concepción que es fruto original de su fecundo ingenio.

He dicho que me consta, porque yo, lector amable, tengo el *spleen* de leer lo que los drogueros insertan en el periódico defensor de los intereses de la clase y vocero de las congojas de sus almas doloridas.

Y como tengo un número a la vista, recurro a la tijera para procurar un instante de regocijo y supremo deleite al leyente:

“Sedas y encajes, labios frescos, ojos de incitante mirar, suaves efluvios de carne nueva, crespos cascotes rubios y nuca blanca para besos rojos”.

Así... se escribe, cuando se tiene temple de poeta y se quiere, de paso, destornillar el seso de la amada.

¡Envidiable suerte la de esa feliz mortal a quien la fortuna le depara suaves efluvios, en cascotes rubios para besos rojos!

¡Feliz ella! La de nuca blanca, incitante mirar y carne nueva...

“Adiós, Antonieta del alma, piensa mucho en el que escribe y mira si te apercibes, que Pepe Bardí se llama”.

¡Ahí es nada! Hasta el nombre y apellido rimados para que se *aperciba* la muchacha y no confunda al poetazo con cualquier percebe del oficio.

Pero, dejemos, en su Corte, a los poetas ultramarinos y rindamos ahora cumplido homenaje a la prosa altisonante de un tal Fauscaldino—también del gremio—que viene a ser una especie de lobanillo que le ha bro-

tado en la nariz a don Ramón del Valle Inclán.

Venga, pues, a enaltecer estas páginas algo de lo mucho y bueno que dice el novelador, en su “Intermezzo de Verano” y antes de la “Sonata” que es ¡el delirio!

“Un murciélago empezó a revolotear por encima sus cabezas; acompañándoles hasta la línea del tranvía. Cuando hubieron llegado lanzó unos gritos feroces y así pareció que les decía al ver que le miraban: “Lloran los niños, rezan con fervor las mujeres, callan temerosos los hombres, se estremece la tierra ante la lucha desencadenada entre los elementos, vosotros insolentes, irrespetuosos, permanecéis impasibles ¡cara pagaréis vuestra irreverencia, jóvenes!” Abrió su boca, lanzó una terrible maldición acompañada de fuego, de sus ojos salieron dos rayos, de cada una de sus uñas una chispa de fuego y se alejó. Soltó Mario una carcajada, ciñó el cuello de Rosalinda y dióle un beso”.

Esa prosa que por su singular transcendencia rehúsa el comentario y esos versos—no menos prosaicos—en los que, levemente, hincamos la pluma, te advierten, lector, que fuiste injusto si algún día osaste reprender a tu servicio doméstico porque incurrió en error profesional.

De la sopa salada o sosa, del condimento que huele a chamusquina, de cuanto malo hacen las *ilustres fregonas*, son culpables esos jóvenes literatos de calenturienta imaginación, fogosos y amorcicidas.

Juan Paulís.

Remitido

Señor Director de EL ARIETE.

Malgrat.

Muy señor mío de mi consideración más distinguida:

Le agradeceré se sirva publicar en el periódico de su tan digna dirección el siguiente remitido:

Personalmente, y en nombre de una colectividad de Unión Patriótica que, inmerecidamente, presido, protesto indignado con-